

DIOS CREADOR

CAPÍTULO II.

LA LLAMADA DE DIOS EN EL SER Y EN EL EXISTIR



Plan de formación para los Catequistas

Diócesis de Getafe (Noviembre 2009)

Año 1 / vol. 2

CAPÍTULO II.

LA LLAMADA DE DIOS EN EL SER Y EN EL EXISTIR DE LAS COSAS Y DEL MISMO HOMBRE

1. INTRODUCCIÓN
2. REVELACIÓN NATURAL Y SOBRENATURAL
3. LA COMUNICACIÓN DE DIOS EN EL SER Y EL EXISTIR DE LAS COSAS
4. LA COMUNICACIÓN DE DIOS EN LA RELACIÓN DE LAS COSAS
5. LA COMUNICACIÓN DE DIOS EN LA RELACIÓN DE LOS HOMBRES
6. LA VOZ DE DIOS EN EL INTERIOR DEL HOMBRE
7. CONCLUSIÓN

1. INTRODUCCIÓN

UNA ETAPA QUE PRECEDE Y ACOMPAÑA TODAS LAS DEMÁS

“Lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto: Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad”.

(Rm 1, 19-20)

El diálogo entre Dios y el hombre, el diálogo de la revelación, del que da noticia la Biblia, se inaugura con la llamada de Dios a Abraham y con la respuesta de fe de Abraham. Éste es el punto de partida del desarrollo bíblico, también de la fe en Dios creador.

Pero hay un paso previo a este diálogo de revelación y fe. Es lo que vamos a intentar describir aquí. Este paso previo precede y acompaña a toda la revelación de Dios en la historia, también a la llamada de Dios a Abraham.

Vamos a hablar de una serie de experiencias variadas, pero universales. No son propias sólo del Pueblo de Dios, aparecen en cualquier pueblo y en cualquier momento de la historia. Para ilustrar estas experiencias traeremos la expresión que de ellas han dejado distintos hombres.

Se trata de algunas experiencias que el hombre tiene en su ser y en su existir, en contacto con las otras cosas creadas, con sus semejantes y al adentrarse en su propio interior.

Nos interesa describirlas porque provocan en el hombre el deseo de conocer a Quién escucha “a lo lejos”. Constituyen la primera llamada de Dios al hombre. Muestran al hombre como un ser abierto y necesitado de Dios. Y hacen que el hombre se pregunte por la existencia de Dios y de un Dios “Soberano de Todo”, “Pantócrator”, “Creador”.

2. REVELACIÓN NATURAL Y SOBRENATURAL

Ya trajimos, en el primer capítulo, estas palabras del Papa: “Israel siempre creyó en el Dios creador y esto lo tuvo en común con todas las grandes culturas de la antigüedad. Pues, incluso a pesar de los momentos oscuros por los que pasó el monoteísmo, todas las grandes culturas siempre conocieron a un creador del cielo y de la tierra, manifestándose sorprendentes semejanzas entre civilizaciones, que nunca tuvieron una relación externa. En estas semejanzas podemos reconocer muy bien algo de la profunda comunicación de la humanidad con Dios, que nunca llegó a perderse”¹.

¹ JOSEPH RATZINGER, *En el principio creó Dios*. (Valencia, 2001), 22-23.

Vamos a intentar nosotros concretar qué es esta “profunda comunicación de la humanidad con Dios, que nunca llegó a perderse”.

Toda comunicación requiere un lenguaje, una forma de expresarse y de hacerse entender. Tenemos el lenguaje de la revelación de Dios, compuesto de hechos históricos y palabras, por medio del cual Dios llamó a Abraham y, después de él, desarrolló un diálogo salvífico con su Pueblo, hasta decir su última y definitiva Palabra en su Hijo, hecho hombre, muerto y resucitado. Y esta Palabra es definitiva porque con ella Dios nos lo ha dado todo y porque no ha desaparecido, sino que permanece viva, presente, operante y eficaz. Esta Palabra es el mismo Cristo que vive en la Iglesia. Este lenguaje, desde la primera palabra que nos dirigió, al hablar a Abraham, hasta la última y definitiva palabra que nos dirigió en su Hijo, es el lenguaje de la revelación sobrenatural. Este hablar de Dios en la revelación sobrenatural es el que formó a su Pueblo, a Israel y a la Iglesia. Israel se formó en la escucha y en la respuesta de fe a Dios que lo llamó. Y la Iglesia permanece como el nuevo y definitivo Israel en la escucha y en la respuesta de fe a Cristo, la palabra definitiva de Dios.

Antes de Cristo, este lenguaje sobrenatural, fue desconocido para muchos pueblos. En Cristo, la Palabra de Dios se abrió y se dirigió a todos los hombres, aunque muchos aún no la han escuchado de forma clara. Se trata de la Palabra que fue consignada en la Sagrada Escritura.

Sin embargo hay otro lenguaje, anterior a la Escritura, con el que Dios se dirige siempre y en todo lugar a todos los hombres, no sólo a los descendientes de Abraham. Con este lenguaje llama a todos desde siempre. Se trata de un lenguaje anterior al de la revelación sobrenatural, gracias al cual es posible la “profunda comunicación de la humanidad con Dios, que nunca llegó a perderse”. Es un lenguaje anterior a la Biblia, el lenguaje de lo que Dios ha creado.

Dios, al crear, se ha comunicado a sí mismo en su obra. La obra creadora de Dios es la primera palabra que Dios dirige al hombre. En las cosas creadas por Dios resuena su voz de forma natural e incesante.

3. LA COMUNICACIÓN DE DIOS EN EL SER Y EL EXISTIR DE LAS COSAS

Cada cosa creada, en lo que es y en su mismo existir, es un eco de la Palabra de Dios.

Pongamos, por ejemplo, el ser del árbol. Pensemos en lo que el árbol es, en la idea que hace que, a pesar de las múltiples variedades, podamos identificar a un ser con esta única idea de “árbol”. ¿Quién lo pensó como un ser que tiene raíces, tronco, ramas y hojas? ¿Quién lo diseñó como un ser vivo, que pasa por fases diversas, desde que surge como un pequeño brote rompiendo la tierra hasta que se hace un

ejemplar adulto? ¿Quién pensó en sus etapas de crecimiento y en las diversas formas de vivir que tiene en las distintas estaciones? Eso sobre su ser.

Pero también sobre su existir: ¿quién lo trajo a la existencia? ¿Quién organizó sus elementos para que llegase a brotar el primero de ellos? ¿Quién calculó su proliferación? Y, si el existir del árbol es fruto de una larguísima sucesión de lentos y costosos cambios que duraron milenios antes de la aparición del hombre, ¿quién diseñó esta evolución? ¿O es que acaso, alguien en su sano juicio puede imaginar que la milagrosa combinación que hoy observamos en cada árbol, de raíces, tronco... es sólo fruto del azar? Entonces, ¿quién condujo esta evolución hasta el punto en que hoy podemos observarla? Y si uno piensa sobre el hecho mismo de existir de los árboles: ¿Por qué existe? ¿No sería más fácil que más bien que existir el árbol y todas las demás cosas que observamos, incluido el hombre, no existiese nada? ¿Hay algo que obligue que existan seres, que existan cosas? ¿Quién da entonces a las cosas el existir?

– El existir de las cosas hace que el hombre se pregunte sobre aquel que les da la existencia. Y su ser, su naturaleza, hace que el hombre se pregunte sobre aquel que las pensó, las quiso y las puso en la existencia, en un instante o a través de un proceso que duró un tiempo que no podemos siquiera imaginar. Que las cosas no sean un caos informe, sino que podamos distinguir unas de otras y podamos

entender su ser, nos hace postular a Alguien que ha hecho que no todo sea un caos informe, que ha separado y ha ordenado. Que estas cosas existan también parece exigir al hombre la búsqueda de aquel que hace que las cosas tengan existencia.

Es el eco de la Palabra de Dios, que resuena en las criaturas y son las mismas criaturas que señalan hacia su creador. Baste este famoso pasaje de san Agustín para ilustrar esta experiencia humana:

“Pregunté a la tierra y me dijo: «No soy yo»; y todas las cosas que hay en ella me confesaron lo mismo. Pregunté al mar y a los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: «No somos tu Dios; búscale sobre nosotros». Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores, me dijo... «Yo no soy tu Dios». Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas. «Tampoco somos nosotros el Dios que buscas, me respondieron».

Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: «Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él». Y exclamaron todas con grande voz: «Él nos ha hecho». Mi pregunta era mi mirada; y su respuesta, su apariencia”²

² SAN AGUSTÍN, *Confesiones* X, 6,9 (Madrid, ⁸1991), 396-397.

4. LA COMUNICACIÓN DE DIOS EN LA RELACIÓN DE LAS COSAS

Pero, más sorprendente que el existir y el ser de las cosas, es la relación que se observa entre todas ellas. Para seguir con el mismo ejemplo del árbol. ¿Acaso no sorprende el inmenso sistema de relaciones, que no paran de estudiar los naturalistas, entre el árbol y la tierra? ¿Quién pensó y quien desarrolló un ser vivo capaz de surgir de la tierra inerte y de hallar en ella su alimento? ¿Quién pensó en que para transformar los elementos tomados de la tierra y transformarlos en nutrientes, realizasen en sus hojas verdes, a modo de laboratorio sofisticadísimo, la función clorofílica que estudiamos en la escuela como si se tratase de un milagro? Y ¿quién pensó que así transformaría el aire de la atmósfera y lo haría respirable? ¿Quién pensó que bajo la sombra y la protección de sus ramas podría surgir y sobrevivir otra vegetación más elemental? ¿Quién pensó que, como efecto de sujeción de sus raíces y de esta vegetación dependiente del cobijo de sus ramas, pudiese acumularse una capa de humus capaz de hacer fértil la tierra? ¿Quién pensó en la múltiple forma de reproducirse de estos árboles? ¿Quién pensó que utilizarían el viento para expandir el polen en primavera, como ocurre con el esponjoso y blanco de los chopos o con el fino y amarillento de los pinos? ¿Quién pensó en este orden?

¿Quién pensó en el orden que se eleva desde la más insignificante de las células hasta el universo entero? ¿Quién pensó en

todas estas cosas no existiendo aisladamente, sino en una múltiple interrelación? ¿No habla esta variedad y múltiple relación de Aquel que pensó, quiso y dio origen a cada ser en esta intrincada y múltiple relación? ¿Acaso el crecimiento y el devenir de las cosas hasta su existir en mutua relación e interdependencia, no muestra que el corazón de la existencia es “relación”? ¿Dónde tiene esto su origen, sino es en la relación establecida por el acto creador de Dios entre la criatura y el Creador, entre quien recibe la existencia y Quien la dona? ¿La ley de relación que se observa en las cosas, no habla de Aquel en quien tiene su origen, de aquel que luego se mostrará como Trinidad, es decir, relación?

Este orden de relaciones que se extiende por el mundo visible, permite ser penetrado por la inteligencia del hombre. De ahí que lo llamemos orden. El orden es tal, que los físicos y los matemáticos pueden encontrar en este orden leyes fijas y con esas leyes la ciencia avanza y la técnica pone el mundo a nuestra disposición.

El mundo está a nuestra disposición porque se ajusta a leyes matemáticas que podemos reconocer. Es como si el mundo hubiese sido pensado con anterioridad y en él se hubiesen objetivado las leyes matemáticas, que luego reconocemos. No es caótico, sino ordenado. Ante este orden verdaderamente admirable Einstein dirá: “Se

manifiesta una inteligencia tan superior, que frente a ella lo más significativo del pensar y del ordenar humanos es un destello completamente fútil”³

Sin embargo este orden es más que pura matemática. Habría que decir, parafraseando unas palabras del Papa⁴, que Quien ha plasmado estas leyes matemáticas en su obra, ha tenido una imaginación prodigiosa. No sólo hay matemática, hay también grandeza, belleza, desmesura y una originalidad en cada ser, incluso en cada individuo de la misma especie, que resulta ciertamente asombroso.

Un gran abeto, por ejemplo, resulta un ser estupendo, pero ¡qué decir de la visión de un extenso bosque de abetos con todo lo que contiene y con las formas irrepetibles de cada uno de ellos! ¿Quién podrá pensar y ejecutar un orden tan perfecto y a la vez tan extenso, tan bello, tan grandioso y tan rico en la originalidad de cada uno de los seres? ¿Y quién podrá ser el origen de tanta desproporción en el número y en la extensión de los seres? ¿Acaso alguien podrá imaginar el número de florecillas que a lo largo de los siglos y sobre toda la faz de la tierra han crecido un día para embellecer el universo, aunque ningún ojo humano haya podido contemplarlas? ¿Quién puede ser un autor de belleza tan generoso y tan pródigo? ¿Acaso es posible imaginar el número incontable de estrellas? ¿Quién podrá abarcar,

³ A. EINSTEIN, *Mis Ideas y Opiniones* (Barcelona, 1980). En JOSEPH RATZINGER, *Introducción al Cristianismo* (Salamanca, ¹⁴2007), 130

⁴ Cf. JOSEPH RATZINGER, *Introducción al Cristianismo* (Salamanca, ¹⁴2007), 132

para darle el ser, una extensión de la que no conocemos sus límites? Y, en el lado opuesto, ¿acaso somos capaces de encontrar “lo más pequeño”? ¿células? ¿átomos? ¿partículas?... Parece que el viaje al microcosmos tampoco tiene fin. ¿Quién puede estar en el origen de lo que es tan grande que no vemos ni atisbamos sus límites, de aquello tan pequeño que no podemos alcanzarlo? ¿No nos habla esto de Quien es más grande que el universo y que a la vez está todo entero en todas partes y todo lo llena con su presencia sin ser contenido por ninguna cosa, porque todo lo supera?

5. LA COMUNICACIÓN DE DIOS EN LA RELACIÓN DE LOS HOMBRES

Ninguna criatura como el hombre. Participa de todo lo que ya hemos dicho a propósito del ser y del existir de las criaturas. Pero en su ser y en su existir Dios deja oír su voz de forma única.

Lo primero que sorprende es que sólo el hombre puede percibir y valorar, admirarse y sobrecogerse, emocionarse y preguntarse... y escuchar a Dios en el ser de las cosas.

De hecho, toma conciencia de que existe aprendiendo la existencia de los demás. Distinguiendo el rostro de su madre, aprende quién es él, que es un ser en relación y dependiente. Es la voz de Dios, que desde el principio le llama a salir de sí para buscar tras el rostro de la madre; más tarde, tras el rostro del padre, del amigo, de la

esposa... a Quien es origen y fuente de toda relación y de todo amor, a aquel que es relación y amor, Trinidad y Unidad.

Desde el principio el hombre escucha una voz natural que le llama a reconocer lo que está fuera de sí, pero que le construye interiormente. Así se manifiesta una de las características del hombre, que es un ser responsorial, cuyo espíritu surge y crece en respuesta a otro.

No sólo recibe la vida de otros, sino que su ser interior se construye en la **recepción** y en la **respuesta** al amor; siempre en un primer momento recibido de quienes le preceden. Es el entrenamiento natural con el que Dios adiestra al hombre para **escucharle** y **responder** a su Palabra. Cuando sufre la soledad o la pérdida, ansía la presencia de aquellos a los que ama. Pero, en el fondo, ansía una presencia que no pueda fallar ni por el abandono, ni por la muerte. Su corazón clama, en realidad, por Dios. Y, cuando goza de la presencia de quién ama, experimenta el límite del amor humano y ansía su superación. En realidad, ansía a Dios.

Tanto en la experiencia de la pérdida y de la soledad, como en la experiencia de la dicha de la compañía, el hombre aprende que en su alma resuena la voz de Quien lo creó para sí, para su amor infalible y sin límite. Traemos, como expresión de estas experiencias, un testimonio de san Agustín y una reflexión del Papa.

Cuando san Agustín aún no es cristiano experimenta el dolor de la muerte de un amigo. Así lo recuerda:

“¡Con qué dolor se entenebreció mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí. La patria me era un suplicio, y la casa paterna un tormento insufrible... Le buscaban mis ojos por todas partes y no parecía. Y llegué a odiar todas las cosas, porque no le tenían... Me había hecho a mí mismo un gran lío y preguntaba a mi alma por qué estaba triste y me conturbaba tanto, y no sabía responderme... Sólo el llanto me era dulce... Me abrasaba, suspiraba, lloraba, turbaba y no hallaba descanso ni consejo. Llevaba el alma rota y ensangrentada... ¿Y adónde podía huir mi corazón que huyese de mi corazón? ¿A dónde huir de mí mismo?... Huí de mi patria, porque mis ojos le habían de buscar menos donde no solía verle. Y así me fui de Tagaste a Cartago...

Bienaventurado el que te ama a ti, Señor; y al amigo en ti, y al enemigo por ti, porque sólo no podrá perder al amigo quien tiene a todos por amigos en aquel que no puede perderse ¿Y quién es éste sino nuestro Dios, el Dios que ha hecho el cielo y la tierra y los llena, porque llenándoles los ha hecho?”⁵

⁵ He recortado mucho el texto para poder introducirlo aquí. Para leerlo completo, cf. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, IV, 4,9 – 9,14 (Madrid, ⁸1991), 166-172.

Así, al recordar el dolor por la muerte del amigo, clama san Agustín por Aquel en quien pervive todo amor verdadero, aquel en quien todo existe, porque lo ha creado todo.

Y aquí la reflexión del Papa, haciendo referencia a Paul Claudel:

“Cuando el hombre siente su soledad, se da cuenta de que su existencia es un grito dirigido a un Tú, y de que él no está hecho para ser exclusivamente un yo en sí mismo. El hombre puede sentir la soledad a distintos niveles. Esa soledad puede desaparecer cuando el hombre encuentra un tú humano. Pero entonces sucede algo paradójico. Paul Claudel decía que todo tú que encuentra el hombre acaba convirtiéndose en una promesa no realizada y además irrealizable; que todo tú es fundamentalmente una desilusión y que hay un punto en que ningún encuentro puede superar la soledad definitiva; encontrar y haber encontrado un tú humano constituye justamente una referencia retrospectiva a la soledad, una llamada al tú absoluto que penetra hasta lo más profundo del propio yo”⁶.

Pero la llamada de Dios no es sólo consecuencia de la experiencia del límite del amor humano. También la alegría que conlleva hace atisbar el don del amor más pleno.

⁶ JOSEPH RATZINGER, *Introducción al Cristianismo* (Salamanca, ¹⁴2007), 91-92

6. LA VOZ DE DIOS EN EL INTERIOR DEL HOMBRE

Pero Dios llama también desde dentro, desde el centro del propio espíritu del hombre. De hecho, la fuerza de la voz de las cosas creadas está en que el hombre puede reconocer el tono de esta voz en su propio interior. La misma voz que resuena en las cosas es la que escucha en su interior como llamada a salir de sí y buscarle: “Buscad mi rostro” (Cf. Sal 28,7; 105,4). Este es el mandato que recibe el hombre de Dios a través de toda la creación, fuera y dentro de sí.

En ese centro Dios deja oír una voz que es suya, no del hombre. Voz de quien está todo entero en todas partes y, siendo más grande, puede contener el universo entero sin ser contenido por él. Voz de quien, por ser más grande que todo, es también capaz de estar en la pequeña alma de cada hombre, sin merma ni división. Sin confundirse con ella, sin sustituirla, sin anularla, sino llamándola en libertad, como llama desde fuera la voz de los amigos.

Desde la infancia uno puede escuchar nítida la voz de Dios. No es necesario que nadie le haya hablado de él, ni saber su nombre. No es necesario haber sido enseñado. Sin aprendizaje alguno, desde niño se impone una presencia que se manifiesta en el uso de la libertad. Decía Orígenes que el hombre ha recibido el precepto de la libertad, es decir que tiene que decidir, se ve obligado a elegir y a responder. Así el hombre es capaz de lo bueno y de lo malo. Al obrar bien o mal oye

nítida, dentro de sí, la voz de quien no es él, sino Aquel que está presente en el alma sin confundirse con el alma.

Comete, por ejemplo, un acto cruel con un compañero más débil, lo hace gratuitamente, por pura maldad –misterio también presente en el corazón del hombre– e inmediatamente experimenta la dura reprensión de quién ve su alma y lo malo que ha hecho. Y entonces no sabe dónde meterse, porque aquella presencia que lo amonesta lo llena todo. Da lo mismo que nadie se entere, da lo mismo que no le hayan enseñado que la crueldad es reprensible, porque no se trata de la percepción de haber roto un código de conducta, sino de la percepción de Alguien cuya reprensión llena de confusión y vergüenza, más que la reprensión del propio padre, avergonzado también él del comportamiento de su hijo. Ante esta Presencia que se muestra defraudada, se llena uno de más amargor, que al ver entristecido a un gran amigo defraudado por un acto perverso que no esperaba de mí.

Esa presencia se hace sentir igualmente con toda viveza cuando alaba un acto bueno, derramando satisfacción en el alma. Como cuando un padre complacido de la obra de su hijo, deja descansar su mano en el hombro del pequeño y le aprieta susurrando: “Bien, hijo”; y el corazón del muchacho se ensancha y se alegra. No es la alegría que siente el orgullo ante el bien propio, sino otra alegría más verdadera, la alegría de haber alegrado a quien se ama y de quien se

espera el amor. Es esa misma alegría la que experimenta el hombre cuando escucha la voz de Dios en el alma, mostrando su complacencia, como “apretando el hombro” y diciendo: “bien hecho, hijo”.

Con su presencia esta voz, que avergüenza ante lo malo y llena de alegría ante lo bueno, ordena de forma firme: “Busca mi rostro. El rostro que está más allá de todas las cosas, más allá de todos los hombres, más allá de tu propia alma, porque soy soberano de todo, dueño de todo, creador de todo”.

Y uno no se sorprende al escuchar esta voz. Es como si hubiese sido creado para escuchar y obedecer a esa voz. Así “la conciencia es como un eslabón entre la criatura y su Creador”⁷.

Con el paso de los años podrá descubrir por qué. Si ha obedecido esta voz lo descubrirá con gusto, si ha desobedecido lo descubrirá con dolor. Y descubrirá que su corazón, su espíritu, es inmenso. Si ha escuchado a Dios, descubrirá con gozo que su corazón es capaz de Dios, del Dios que no cabe en el universo entero, pero que lo llama a él. Así se expresa Orígenes:

“El Señor desea abrir en vosotros un camino por el que pueda penetrar en vuestras almas y hacer su viaje.... El camino por el que ha

⁷ J. H. NEWMAN, *El Asentimiento Religioso* (Barcelona, 1960), 126. He intentado describir en estos párrafos la experiencia del hombre ante la presencia de Dios en la conciencia siguiendo a Newman en la obra citada (Págs.: 114-129)

de penetrar la palabra de Dios consiste en la capacidad del corazón humano. El corazón del hombre es grande, espacioso y capaz, como si de un mundo se tratara... Mira que el corazón del hombre no es algo pequeño. Comprende que su grandeza no reside en las dimensiones físicas, sino en la fuerza de su pensamiento, capaz de abarcar el conocimiento de tantas verdades... Prepara un camino al Señor mediante una conducta honesta, y con acciones irreprochables allana tú el sendero, para que la Palabra de Dios camine en ti sin obstáculo”⁸

Si no ha escuchado, descubrirá que nada le satisface, que todo es pobre y pequeño para la capacidad de su alma, y que anda inquieto, sin saber dónde podrá descansar su corazón. También eso es la voz de Dios, que llama al hombre. Pero, si no descubre que es la voz de Dios que le llama, o si rehúsa su invitación, llegará a desear no tener este fuego que no da descanso a su alma, llegará a desear, rodeado de una tristeza indecible, confundirse con la piedra que nada desea, desaparecer:

*“Donde habite el olvido,
En los jardines sin aurora;
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios*

Donde mi nombre deje

⁸ ORÍGENES, *Homilias sobre el Evangelio de san Lucas*. En: *La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia*. N.T. 2 (Madrid 2000) 48

*Al cuerpo que designa en brazos de los siglos,
Donde el deseo no exista*

*En esa gran región donde el amor, ángel terrible,
No esconda como acero
En mi pecho su ala
Sonriendo lleno de gracia aérea mientras crece el tormento.
Allá donde termine este afán que exige un dueño a imagen suya,
Sometiendo a otra vida su vida,
Sin más horizonte que otros ojos frente a frente.*

*Donde penas y dichas no sean más que nombres,
Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo,
Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo,
Disuelto en niebla y ausencia
Ausencia leve como carne de niño.*

*Allí, allá lejos;
Donde habite el olvido⁹.*

Dios hizo al hombre capaz de escucharle y capaz de acogerle. Pero, si capaz de acoger a Dios, entonces tan grande, que todo lo demás vale nada y vacío sin él. Fue Dios quien lo hizo así: pobre, pequeño, limitado; pero a la vez capaz de él, necesitado de un amor más grande que el universo y más poderoso que la muerte.

Por eso el hombre experimenta que todo amor es insuficiente; que toda belleza es sólo la chispa que enciende en él el deseo de una belleza más grande y duradera; que toda bondad no es sino sombra de la santidad que exige su alma; que toda verdad no es tal, si no es la

⁹ LUÍS CERNUDA, *La realidad y el deseo* (Madrid, 1994) 372.

Verdad absoluta, que da razón del origen y del fin de todas las cosas, sobre todo, del origen y del fin del propio corazón y de aquellos a quienes se ama.

7. CONCLUSIÓN

Ésta es la voz que Dios deja oír y que permite al hombre mirar más allá de todas las cosas y más allá de sí mismo, y salir en una búsqueda espiritual de quien no puede ser sino el Señor de todo, Soberano de Todo, Pantocrátor, Creador de todo, dueño de todos los ecos y voces con las que él llama al hombre.

Así cuando Dios le dirija su Palabra en la historia y, de forma sobrenatural, se muestre y se le ofrezca, el hombre podrá reconocerle e identificarle con Aquel que dejaba oír su voz en las cosas y dentro de sí. Cuando llegue a él la Palabra hecha carne, podrá entender que es ésta la Palabra que da razón de todo, porque todo fue hecho por Ella y para Ella, y que de Ella recibía el mandato y la luz (Cf. Jn 1,9) para buscar a Dios.

Terminemos ya viendo cómo se conecta la percepción natural de la voz de Dios con la escucha de su Palabra en la historia. El libro del Génesis, da cuenta no sólo de la obra creadora de Dios, sino también de la irrupción de esta Palabra suya que llama a Abraham y que en diálogo con él forma a su Pueblo:

“El Señor dijo a Abram: «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra.» Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Tenía Abram 75 años cuando salió de Jarán”.

(Gn 12,1-4)

Y San Ireneo, en el siglo II, explicará la disposición de ánimo de Abraham, para identificar y obedecer la Palabra de quien le habla, de la siguiente forma:

“Cuando siguiendo el ardiente deseo de su corazón, peregrinaba por el mundo preguntándose donde estaba Dios y comenzó a flaquear y estaba a punto de desistir de su búsqueda, Dios tuvo piedad de aquel que, solo, le buscaba en el silencio”¹⁰.

A partir de aquí se estará en posición de entender que el Dios dueño de todo, y por eso capaz de llamar en la creación y en el propio corazón, es también el Dios que se acerca al hombre para formar su

¹⁰ SAN IRENEO, *Demostración de la Predicación Apostólica*, 24 (Madrid 1992), 109

Pueblo y ser “su” Dios, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob; es decir, un Dios que se vincula con el hombre.

Eso lo veremos en el próximo capítulo.

Enrique Santayana Lozano C. O.
– Director del Secretariado de Catequesis
de la Diócesis de Getafe –